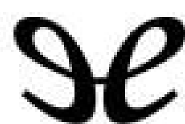
Karl Marx
Friedrich Engels

Ilustraciones de Fernando Vicente



El manifiesto comunista

Este manifiesto, publicado en Londres en 1848, fue redactado por Marx y Engels por encargo del segundo congreso de la Liga Comunista. Además del programa de un partido, es un lúcido análisis de la sociedad capitalista del siglo XIX que, en muchos aspectos, sigue siendo actual.

No estamos ante un panfleto sino ante un clásico del pensamiento occidental que ha llegado a ser el libro más difundido tras la Biblia y cuyos planteamientos deben ser conocidos, pues han encarnado los sueños de millones de personas y son parte fundamental de la historia del movimiento obrero.

Es además un texto de gran valor literario y, con el impresionante trabajo gráfico de Fernando Vicente, el mejor acceso a la obra filosófica y política de Karl Marx.



Karl Marx & Friedrich Engels

El Manifiesto Comunista (ilustrado)

ePub r1.3

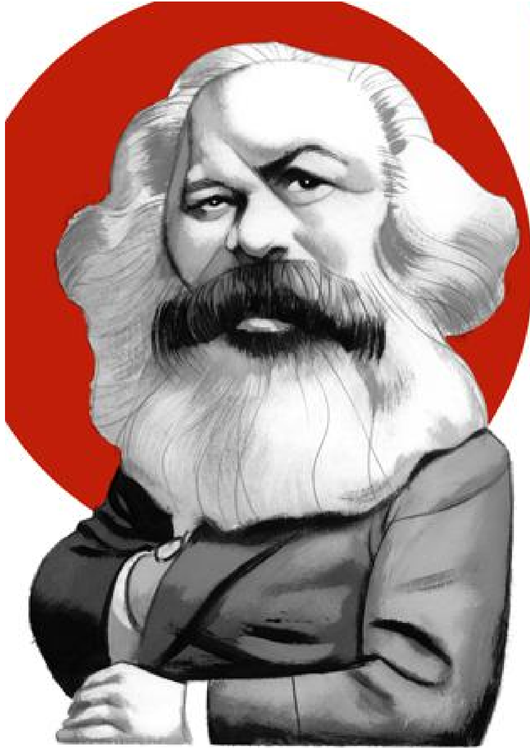
Titivillus 09.11.2019

Título original: *Manifest der Kommunistischen*
Karl Marx & Friedrich Engels, 1848
Traducción: Jacobo Muñoz
Ilustraciones: Fernando Vicente

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido



El "Manifiesto" fue publicado como programa de la "Liga de los Comunistas",



Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han aliado en una sagrada cacería contra este fantasma, el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, radicales franceses y policías alemanes.

¿Dónde está el partido de oposición que no haya sido desacreditado en cuanto comunista por sus adversarios en el gobierno? ¿Dónde está el partido de oposición que no haya a su vez devuelto tanto a los opositores más avanzados como a sus enemigos reaccionarios la estigmatizadora acusación de comunismo?

Dos consecuencias se desprenden de este hecho.

El comunismo es reconocido ya como una potencia por todas las potencias europeas.

Ya es hora de que los comunistas expongan abiertamente ante el mundo entero su punto de vista, sus fines, sus tendencias, oponiendo a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio partido.

Con este objetivo se han reunido en Londres comunistas de las más diversas nacionalidades y han esbozado el siguiente

manifiesto, que es publicado en lengua inglesa, francesa, alemana, italiana, flamenca y danesa.

I

BURGUESES Y PROLETARIOS

La historia de todas las sociedades anteriores a la nuestra es la historia de luchas de clases.

Ciudadanos libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, en una palabra, opresores y oprimidos estuvieron siempre enfrentados entre sí, librando una lucha ininterrumpida, en ocasiones velada, en ocasiones abierta; una lucha que finalizó en todos los casos con una transformación revolucionaria de la sociedad entera o con la destrucción conjunta de las clases en lucha.

En las épocas tempranas de la historia encontramos casi por doquier una estructuración completa de la sociedad en estamentos diferentes, una gradación variada de posiciones sociales. En la antigua Roma tenemos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros y oficiales de los gremios, siervos y, por añadidura, gradaciones particulares en cada una de estas clases.

La sociedad burguesa moderna, salida de la decadencia de la sociedad feudal, no ha abolido los antagonismos de clase. Ha puesto, simplemente, clases nuevas, condiciones nuevas de la opresión, nuevas formas de la lucha en el lugar de las antiguas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza, con todo, por el hecho de haber simplificado los antagonismos de clase. La sociedad entera se divide cada vez más en dos

grandes campos enemigos, en dos grandes clases directamente enfrentadas entre sí: burguesía y proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los villanos de las primeras ciudades; a partir de esta clase de ciudadanos se desarrollaron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África crearon un nuevo terreno para la burguesía ascendente. Los mercados de las Indias Orientales y de la China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la incrementación de los medios de cambio y de las mercancías en general procuraron al comercio, a la navegación y a la industria un auge desconocido hasta entonces y, con ello, una rápida evolución al elemento revolucionario en la sociedad feudal en descomposición.

El sistema de explotación feudal o gremial de la industria vigente hasta entonces ya no bastaba para satisfacer la demanda creciente con los nuevos mercados. Su lugar fue ocupado por la manufactura. Los maestros de los gremios fueron desplazados por la clase media industrial; la división del trabajo entre las diversas corporaciones desapareció ante la división del trabajo dentro del propio taller individual.

Pero los mercados siguieron creciendo ininterrumpidamente, la demanda no dejó de aumentar de continuo. Tampoco la manufactura bastaba ya. Entonces, el vapor y la maquinaria revolucionaron la producción industrial. La manufactura fue sustituida por la gran industria moderna, la clase media industrial fue sustituida por los millonarios industriales, los jefes de ejércitos industriales enteros, los burgueses modernos.



La gran industria ha creado el mercado mundial, que fue preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial ha impulsado una evolución inconmensurable del comercio, de la navegación, de las comunicaciones terrestres. Ésta ha influido a su vez en la expansión de la industria y, en la misma medida en que se expandían la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía, aumentaba sus capitales, relegaba a un plano secundario a todas las clases heredadas de la Edad Media.

Vemos, pues, cómo la propia burguesía moderna es el producto de un largo proceso evolutivo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de tráfico.

Cada una de estas etapas de la evolución de la burguesía iba acompañada de un correspondiente progreso político. Estamento oprimido bajo el dominio de los señores feudales, asociación armada y dotada de autogobierno en la comuna, aquí república urbana independiente, allá tercer estado tributario de la monarquía; luego, en la época de la manufactura, contrapeso de la nobleza en la monarquía feudal o en la absoluta, base fundamental de las grandes monarquías

en general, a partir de la implantación de la gran industria y del mercado mundial conquistó finalmente la hegemonía política exclusiva en el moderno estado representativo. El poder estatal moderno no es otra cosa que un comité que administra los negocios comunes de la clase burguesa, globalmente considerada.

La burguesía ha jugado en la historia un papel máximamente revolucionario.

Allí donde ha llegado al poder, la burguesía ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha desgarrado sin piedad los multicolores lazos feudales que vinculaban a los hombres a sus superiores naturales, sin dejar vivo otro lazo entre hombre y hombre que el interés desnudo, que el insensible «pago al contado». Ha ahogado en las aguas glaciales del cálculo egoísta el sagrado éxtasis del fervor religioso, del entusiasmo caballeresco, del sentimentalismo pequeño-burgués. Ha reducido la libertad personal al valor de cambio, poniendo en lugar de las incontables libertades establecidas y bien conquistadas una única desalmada libertad de comercio. Ha sustituido, en una palabra, la explotación velada por ilusiones políticas y religiosas por la explotación franca, descarada, directa y escueta.

La burguesía ha despojado de su halo sagrado a todas las actividades que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Ha convertido al médico, al jurista, al cura, al poeta y al hombre de ciencia en asalariados suyos.

La burguesía ha arrancado su velo sentimentalmente emotivo a las relaciones familiares y las ha reducido a meras relaciones dinerarias.

La burguesía ha puesto de manifiesto hasta qué punto la brutal manifestación de fuerza que la reacción tanto admira en la Edad Media tenía su complemento adecuado en la más indolente holgazanería. Sólo ella ha sacado a la luz lo que puede conseguir la actividad humana. Ha creado obras maravillosas muy distintas a las pirámides egipcias, a los

acueductos romanos y a las catedrales góticas; ha puesto en marcha campañas de todo punto diferentes a las migraciones de pueblos y a las cruzadas.

La burguesía no puede existir sin revolucionar permanentemente los instrumentos de producción, esto es, las relaciones de producción, esto es, las relaciones sociales en su conjunto. La conservación inalterada del antiguo modo de producción era, por el contrario, la condición primordial de la existencia de todas las clases industriales anteriores. La revolución permanente de la producción, la conmoción incesante de todas las situaciones sociales, la inseguridad y el movimiento eternos distinguen la época burguesa de todas las otras. Todas las relaciones firmes y enmohecidas, con su cortejo de ideas y nociones veneradas de antiguo, se disuelven, todas las de formación reciente se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo estamental y estable se evapora, todo lo sagrado es profanado y los hombres se ven finalmente obligados a contemplar su posición en la vida, sus relaciones mutuas, con ojos fríos.

La necesidad de dar cada vez mayor y más extensa salida a sus productos lanza a la burguesía de una punta a otra del planeta. Tiene que anidar por doquier, tiene que establecerse por doquier, tiene que crear conexiones por doquier.

Mediante su explotación del mercado mundial, la burguesía ha configurado de modo cosmopolita la producción y el consumo de todos los países. Con gran pesar de los reaccionarios, ha arrancado bajo los pies de la industria su suelo nacional. Las primitivas industrias nacionales han sido aniquiladas y aún son aniquiladas a diario. Son desplazadas por nuevas industrias cuya introducción se convierte en una cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que no elaboran ya materias primas locales, sino materias primas procedentes de las zonas más alejadas y cuyos productos no se consumen ya únicamente en el propio país, sino en todos los continentes a la vez. Nuevas necesidades, que reclaman para su satisfacción los productos de los países y

climas más remotos, ocupan el lugar de las antiguas, satisfechas por los productos nacionales. Frente a la antigua autosuficiencia y aislamiento locales y nacionales irrumpen un tráfico en todas direcciones, una dependencia general de las naciones las unas respecto de las otras. Y al igual que en la producción material, en la intelectual. Los productos intelectuales de las diferentes naciones se convierten en patrimonio común. La limitación y el exclusivismo nacionales se vuelven cada día más imposibles, y a partir de las múltiples literaturas nacionales y locales se configura una literatura universal.

Mediante el rápido mejoramiento de todos los instrumentos de producción, mediante el constante progreso de unas comunicaciones cada vez más fáciles, la burguesía arrastra hacia la civilización a todas las naciones, incluidas las más bárbaras. Los aquilatados precios de sus mercancías son la artillería pesada con la que bombardean los cimientos de todas las murallas chinas, con la que obliga a capitular a la más obcecada xenofobia de los bárbaros. Obliga a todas las naciones que no quieren sucumbir a apropiarse del modo de producción de la burguesía; las obliga a introducir en su seno la llamada civilización, esto es, las obliga a convertirse en burguesas. En una palabra, se forja un mundo a su propia imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas, ha incrementado en alto grado el número de la población urbana en relación con la rural, sustrayendo así una considerable parte de la población al idiotismo de la vida rural.



Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros y semibárbaros a los civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos bárbaros, Oriente a Occidente.

La burguesía supera cada vez más la fragmentación de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado a la población, ha centralizado los medios de producción y ha concentrado la propiedad en pocas manos. La consecuencia necesaria de ello ha sido la centralización política. Provincias independientes, apenas aliadas casi, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido comprimidas en una nación, un gobierno, una ley, un interés nacional de clase, una línea aduanera.

En su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, la burguesía ha creado fuerzas productivas más masivas y colosales que todas las generaciones pasadas juntas. Sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, maquinaria, aplicación de la química a la industria y a la agricultura, navegación a vapor, ferrocarriles, telégrafos eléctricos, roturación de continentes enteros, apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras como surgidas de la tierra — ¿qué siglo anterior pudo sospechar siquiera que tales fuerzas productivas dormitaran en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues, que los medios de producción y de tráfico, sobre cuya base se formó la burguesía, fueron engendrados en la sociedad feudal. En una determinada etapa de la evolución de estos medios de producción y de tráfico, las condiciones en las que la sociedad feudal producía e intercambiaba, la organización feudal de la agricultura y de la manufactura, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad cesaron de corresponder al nivel de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas. En lugar de impulsar la producción, la frenaban. Se convirtieron en otras tantas trabas. Era preciso hacerlas saltar, y se hizo que saltaran.

Su lugar fue ocupado por la libre competencia con la constitución social y política acorde con ella, con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de tráfico, las relaciones burguesas de propiedad, la sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir, como por arte de magia, medios tan ingentes de producción y de tráfico, se asemeja al hechicero que no es capaz de conjurar ya los poderes subterráneos que él mismo ha conjurado. Hace ya decenios que la historia de la industria y el comercio es sólo la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las relaciones modernas de producción, contra las relaciones de propiedad que son las condiciones de existencia de la burguesía y de su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales, que con su recurrencia periódica cuestionan de modo cada vez más amenazador la existencia de la entera sociedad burguesa. Una gran parte, no sólo de los productos generados, sino de las fuerzas productivas ya creadas, es destruida regularmente en las crisis comerciales. En las crisis estalla una epidemia social que a todas las épocas anteriores les habría parecido un contrasentido —la epidemia de la sobreproducción—. La sociedad se ve súbitamente retrotraída a un estado de barbarie momentánea; una hambruna, una guerra general de exterminio parecen haberle privado de todos sus medios de vida; la industria, el comercio, parecen aniquilados. Y ¿por qué? Porque posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas que tiene a su disposición ya no sirven al fomento de las relaciones burguesas de producción; resultan ya, por el contrario, demasiado poderosas para estas relaciones, que frenan su desarrollo; y tan pronto como superan este freno, desordenan la sociedad burguesa entera, ponen en peligro la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para abarcar la riqueza por ellas generada. ¿Cómo

supera la burguesía las crisis? Por una parte, mediante la destrucción forzada de una masa de fuerzas productivas; por otra, mediante la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de mercados viejos. ¿Cómo, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y reduciendo los medios para prevenir las crisis.



Las armas con las que la burguesía ha abatido al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía.

Pero la burguesía no ha forjado sólo las armas que le darán muerte; ha engendrado también a los hombres llamados a manejarlas —los obreros modernos, los proletarios.

En la misma medida en que se desarrolla la burguesía, esto es, el capital, se desarrolla también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que sólo viven mientras encuentran trabajo y que sólo lo encuentran mientras su trabajo incrementa el capital. Estos obreros, obligados a venderse por piezas, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio y están, en consecuencia, sometidos igualmente a todos los avatares de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

Como consecuencia de la expansión de la maquinaria y la división del trabajo, el trabajo de los proletarios ha perdido todo carácter autónomo y, con ello, todo atractivo para el obrero. Éste se convierte en un simple accesorio de la máquina, al que sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Los costes que origina el obrero se reducen, en consecuencia, casi exclusivamente a los medios de vida que necesita para su manutención y para la propagación de su raza. Pero el precio de una mercancía y, por tanto, también el del trabajo, es igual a sus costos de producción. De ahí que el salario decrezca en la misma medida en que aumenta el lado desagradable del trabajo. Más aún, en la misma medida en que se incrementan la maquinaria y la división del trabajo, se eleva asimismo la cantidad del trabajo, sea por aumento de las horas de trabajo, sea por incremento del trabajo exigido en un tiempo dado, por aceleración del movimiento de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas obreras, apiñadas en la fábrica, son organizadas militarmente. En su condición de soldados industriales rasos

son puestos bajo la supervisión de toda una jerarquía de suboficiales y oficiales. No sólo son esclavos de la clase burguesa, del estado burgués, sino que son esclavizados a diario y a toda hora por la máquina, por el capataz y, sobre todo, por el propio fabricante burgués individual. Este despotismo es tanto más mezquino, aborrecible y exasperante cuanto más abiertamente proclama la ganancia como su objetivo.

Cuanto menos requiere el trabajo manual de habilidad y empleo de la fuerza, esto es, cuanto más se desarrolla la industria moderna, tanto más desplazado pasa a ser el trabajo de los hombres por el de las mujeres. Las diferencias de sexo y edad no tienen ya vigencia social para la clase obrera. Sólo hay ya instrumentos de trabajo, que acarrean diferentes costos según su sexo y edad.




Una vez que la explotación del obrero por el fabricante ha concluido y aquel recibe el pago de su salario en efectivo, caen sobre él las partes restantes de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Las pequeñas capas medias existentes hasta la fecha, los pequeños industriales, comerciantes y rentistas, los artesanos y campesinos, todas estas clases van hundiéndose en el proletariado, en parte porque su pequeño capital resulta insuficiente para la explotación de la gran industria y sucumbe a la competencia con los capitalistas de mayor envergadura, en parte porque sus habilidades quedan desvalorizadas en virtud de nuevos modos de producción. El proletariado se recluta así, por tanto, entre todas las clases de la población.

El proletariado recorre diversas etapas evolutivas. Su lucha contra la burguesía comienza con su existencia.

En un principio luchan los obreros individuales, luego los obreros de una fábrica, después los obreros de un ramo laboral en una localidad contra el burgués individual que los explota directamente. No dirigen sus ataques únicamente contra las relaciones burguesas de producción, sino contra los instrumentos mismos de producción; destruyen las mercancías extranjeras que compiten con ellos, destrozan las máquinas, incendian las fábricas, tratan de conquistar nuevamente la desaparecida posición del trabajador medieval.

En esta etapa, los obreros constituyen una masa diseminada por todo el país y fragmentada por la competencia. La cohesión masiva de los obreros no es aún la consecuencia de su propia unificación, sino la consecuencia de la unificación de la burguesía, que, a fin de lograr sus propios objetivos políticos, debe poner al proletariado entero en movimiento, cosa que de momento aún puede hacer. En esta etapa los proletarios no combaten, pues, aún a sus enemigos, sino a los enemigos de sus enemigos, a los restos de la monarquía absoluta, a los terratenientes, a los burgueses no industriales, a los pequeño-burgueses. Todo el movimiento

histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria que se alcanza de este modo es una victoria de la burguesía.

Pero con el desarrollo de la industria no sólo se acrecienta el proletariado, sino que se va concentrando en masas cada vez mayores, su fuerza aumenta y la percibe más. Los intereses, las condiciones de vida en el seno del proletariado se igualan cada vez más a medida que la maquinaria borra crecientemente las diferencias en el trabajo y reduce el salario por doquier a un nivel igualmente bajo. La creciente competencia de los burgueses entre sí y las crisis comerciales de ello resultantes llevan a que los salarios sean cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la maquinaria coloca al obrero en una situación vital cada vez más precaria; las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual asumen cada vez más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para defender su salario. Llegan incluso a formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios en previsión de estas sublevaciones circunstanciales. Aquí y allá la lucha estalla en motines.

De tanto en tanto triunfan los obreros, pero sólo pasajeramente. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unificación, cada vez más amplia, de los obreros. Esta unificación se ve favorecida por los crecientes medios de comunicación puestos en pie por la gran industria y que permiten entrar en contacto a los obreros de las diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes tienen el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Toda lucha de clases es, sin embargo, una lucha política. Y la unificación, para la que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos, es puesta en marcha, en unos pocos años, por los proletarios modernos con los ferrocarriles.

Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, es destruida una y otra vez por la competencia entre los propios obreros. Pero renace siempre de nuevo, más fuerte, más firme, más poderosa. Aprovechando las divisiones internas de la burguesía, arranca el reconocimiento legal de algunos intereses de la clase obrera. Así, por ejemplo, el bill de diez horas en Inglaterra.

En general, las colisiones de la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria; siempre contra la burguesía en todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y a arrastrarle así al movimiento político. De este modo proporciona al proletariado los elementos de su propia formación, es decir, armas contra ella misma.



El progreso de la industria precipita, además, como acabamos de ver, en las filas del proletariado a capas enteras

de la clase dominante o, al menos, las amenaza en sus condiciones de existencia. También éstas aportan al proletariado numerosos elementos formativos.

Finalmente, en los períodos en los que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan patente que una pequeña fracción de esta clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el futuro. Y así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del movimiento histórico en su conjunto.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases decaen y perecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Los estratos intermedios, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, todos ellos combaten a la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estratos intermedios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, son reaccionarios, tratan de hacer girar hacia atrás la rueda de la historia. Si son revolucionarios, lo son en el sentido de su tránsito inminente al proletariado, en el sentido de que defienden no sus intereses actuales, sino sus intereses futuros; en el sentido, en fin, de que abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpenproletariado, esa putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede ser arrastrado a veces al movimiento por una revolución proletaria; en virtud del conjunto de sus condiciones de vida estará más bien dispuesto a dejarse sobornar y prestarse a maniobras reaccionarias.

Las condiciones de vida de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de vida del proletariado. El proletariado carece de propiedades; sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen nada en común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno sojuzgamiento bajo el capital, que es el mismo en Inglaterra y en Francia, en Norteamérica y en Alemania, ha despojado al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión son para él meros prejuicios burgueses, detrás de los que se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.



Todas las clases que en el pasado lograron convertirse en dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo la sociedad entera a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios sólo pueden conquistar las fuerzas productivas sociales aboliendo su propio modo anterior de apropiación y, en consecuencia, todo el modo de apropiación vigente hasta el presente. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar; tienen que destruir todas las seguridades y garantías privadas hasta ahora existentes.

Todos los movimientos precedentes fueron movimientos de minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, estrato inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar por los aires toda la superestructura de los estratos que conforman la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primero una lucha nacional. El proletariado de cada país debe acabar, naturalmente, en primer lugar con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales de la evolución del proletariado hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos velada que se desarrolla en el seno de la sociedad existente hasta el punto en que estalla en una revolución abierta y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominio.

Todas las sociedades anteriores se han basado, como hemos visto, en la contradicción entre clases opresoras y oprimidas. Pero para poder oprimir a una clase es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, sobrellevar su existencia esclavizada. El siervo llegó a convertirse, en pleno régimen de servidumbre, en miembro de la comuna, igual que el pequeño-burgués se elevó a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, se hunde cada vez más por debajo de las condiciones de su propia clase. El obrero se convierte en indigente y la indigencia crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Viene, pues, a mostrarse claramente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de vida de su clase. No es capaz de dominar porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia ni siquiera dentro de su esclavitud,

porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que alimentarlo en lugar de ser alimentada por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominio, esto es, su vida ya no resulta compatible con la sociedad.

La condición esencial de la existencia y del dominio de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y multiplicación del capital. La condición del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, cuyo agente involuntario e incapaz de oponérsele es la burguesía, sustituye el aislamiento de los obreros resultante de la competencia por su unificación revolucionaria mediante la asociación. El desarrollo de la gran industria socava, pues, bajo los pies de la burguesía, las bases sobre las que ésta produce y se apropia de lo producido. Produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.



II

PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿En qué relación están los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no son un partido especial frente a los demás partidos obreros.

No tienen intereses separados de los intereses de todo el proletariado.

No establecen principios especiales según los cuales busquen moldear el movimiento proletario.

Los comunistas se distinguen únicamente de los restantes partidos proletarios porque, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios destacan y hacen valer los intereses comunes de todo el proletariado, independientes de la nacionalidad; por la otra, por el hecho de que, en las diversas fases de desarrollo que recorre la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre el interés del movimiento general.

Por consiguiente, los comunistas son, prácticamente, la parte más resuelta de los partidos obreros de todos los países, la que siempre impulsa hacia adelante; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución del proletariado como clase, derrocamiento del dominio de la

burguesía, conquista del poder político por parte del proletariado.

Los postulados teóricos del comunismo no se fundan en modo alguno en ideas, en principios que hayan sido inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

Sólo son expresiones generales de relaciones efectivas de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que transcurre ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad existentes hasta la fecha no es algo que caracterice peculiarmente al comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han estado sometidas a un cambio histórico constante, a una transformación histórica permanente.

La Revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal a favor de la burguesa.

Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la propiedad privada burguesa moderna es la expresión última y más perfecta de la producción y apropiación de los productos que descansa en las contradicciones de clase, en la explotación de los unos por los otros.

En este sentido los comunistas pueden resumir su teoría en esta expresión única: abolición de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado a los comunistas el querer abolir la propiedad personalmente adquirida, fruto del trabajo propio; esa propiedad que constituiría el fundamento de toda libertad, actividad e independencia personales.

¡Propiedad bien adquirida, fruto del trabajo, del esfuerzo personal! ¿Os referís acaso a la propiedad pequeño-burguesa, pequeño-campesina, que precedió a la propiedad burguesa? No

necesitamos abolirla: el progreso de la industria la ha abolido y está aboliéndola a diario.

¿O habláis acaso de la propiedad privada burguesa moderna?

Pero ¿es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario crea propiedad para éste? De ninguna manera. Lo que crea es capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede multiplicarse sino a condición de producir nuevo trabajo asalariado, para explotarlo a su vez de nuevo. En su forma actual, la propiedad se mueve en la contradicción entre el capital y el trabajo asalariado. Examinemos los dos términos de esta contradicción.

Ser capitalista no significa sólo ocupar una posición meramente personal en la producción, sino también una posición social. El capital es un producto comunitario y sólo puede ser puesto en movimiento por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, sólo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, una potencia personal; es una potencia social.

Por consiguiente, cuando el capital se transforma en propiedad común, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no se transforma propiedad personal en social. Sólo cambia el carácter social de la propiedad. Pierde su carácter de clase.



Vayamos al trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de subsistencia indispensables para mantener en vida al obrero como obrero. Por consiguiente, lo que el obrero asalariado se apropia por su actividad sólo basta para la reproducción pura y nuda de su vida. De ninguna manera queremos abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo indispensable a la reproducción de la vida humana directa, una apropiación que no deja ningún beneficio neto que pueda dar un poder sobre el trabajo de otro. Sólo queremos suprimir el carácter miserable de esta apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva.

En la sociedad burguesa el trabajo vivo no es más que un medio para multiplicar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado no es más que un medio para ampliar, enriquecer y mejorar el proceso vital de los trabajadores.

En la sociedad burguesa el pasado domina, en consecuencia, sobre el presente; en la comunista, el presente sobre el pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y personal, mientras que el individuo que trabaja es dependiente e impersonal.

¡Y la burguesía llama abolición de la personalidad y de la libertad a la abolición de semejante estado de cosas! Y con razón. Porque de lo que, en cualquier caso, se trata es de abolir la personalidad, la independencia y la libertad burguesas.

En el marco de las actuales relaciones burguesas de producción se entiende como libertad el libre comercio, la libre compra y venta.

Desaparecido el chalaneo, desaparecerá también la libertad de chalanear. Las declamaciones sobre la libertad de chalaneo, lo mismo que las restantes bravatas liberales de nuestra

burguesía, sólo tienen sentido, en realidad, aplicadas al chalaneo encadenado, al burgués sojuzgado de la Edad Media, pero no en lo que hace a la abolición comunista del chalaneo, de las relaciones burguesas de producción y de la propia burguesía.

Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad establecida la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, que queramos abolir una propiedad que presupone como condición necesaria la falta de propiedad de la inmensa mayoría de la sociedad.

Nos reprocháis, en una palabra, que queramos abolir vuestra propiedad. Eso es, en efecto, lo que queremos.

A partir del momento en que el trabajo no puede ya convertirse en capital, dinero, en renta de la tierra, dicho brevemente, en una potencia social monopolizable, esto es, a partir del momento en que la propiedad personal no puede ya transformarse en burguesa, a partir de ese momento declaráis que la persona ha sido abolida.

Confesáis, pues, que como persona no entendéis a ningún otro que al burgués, al propietario burgués. Y esta persona tiene, en efecto, que ser abolida.

El comunismo no le quita a nadie el poder de apropiarse de productos sociales, sólo quita el poder de sojuzgar trabajo ajeno mediante esta apropiación.

Se ha objetado que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y sobrevendría una holgazanería general.

De acuerdo con esto, la sociedad burguesa hubiera tenido que sucumbir a la inercia hace ya mucho tiempo; puesto que, los que en ella trabajan, no adquieren, y los que adquieren en ella, no trabajan. Esta objeción se reduce íntegramente a la

tautología de que tan pronto como no hay ya trabajo asalariado, no hay ya capital.

Todas las objeciones que se formulan contra el modo comunista de apropiación y producción se han extendido igualmente contra la apropiación y producción de los productos del espíritu. Así como para el burgués el cese de la propiedad de clase es el cese de la producción misma, el cese de la formación de clase es idéntico al cese de la formación en general.

La formación cuya pérdida deplora es, para la enorme mayoría, la educación para convertirse en máquinas.

Pero no discutáis con nosotros midiendo la abolición de la propiedad burguesa con el patrón de vuestras ideas burguesas de libertad, educación, derecho, etc. Vuestras propias ideas son productos de las relaciones burguesas de producción y de propiedad, como vuestro derecho no es otra cosa que la voluntad de vuestra clase elevada a ley, una voluntad cuyo contenido viene dado en las condiciones materiales de vida de vuestra clase.

Compartís con todas las clases dominantes que han sucumbido la interesada idea con la que transformáis vuestras relaciones de producción y propiedad —relaciones históricas y pasajeras que surgen en el curso de la producción—, en leyes naturales y racionales eternas. Sois incapaces de concebir para la propiedad burguesa lo que sí concebís para la propiedad antigua, lo que concebís para la propiedad feudal.



¡Abolición de la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este ignominioso designio de los comunistas.

¿Sobre qué bases se asienta la familia actual, la familia burguesa? Sobre el capital, sobre el lucro privado. Plenamente desarrollada, sólo existe para la burguesía; pero encuentra su complemento en la forzada falta de familia de los proletarios y en la prostitución pública.

Cuando este complemento suyo desaparece, la familia burguesa deja, obviamente, de existir, y uno y otra desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis que queramos abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen.

Decís, empero, que abolimos los vínculos más íntimos al sustituir la educación doméstica por la educación social.

¿Y acaso vuestra educación no está determinada también por la sociedad? ¿No lo está acaso por las relaciones sociales dentro de las que educáis, por la intromisión, unas veces directa, otras indirecta, de la sociedad mediante la escuela, etc.? Los comunistas no inventan la intromisión de la sociedad

en la educación; transforman, simplemente, su carácter, sustrayendo la educación a la influencia de la clase dominante.

Las declaraciones retóricas burguesas sobre familia y educación, sobre la entrañable relación entre padres e hijos, resultan tanto más repugnantes cuanto más se desgarran, a efectos de la gran industria, todos los vínculos familiares para los proletarios y los hijos son convertidos en meros artículos de comercio e instrumentos de trabajo.

¡Pero vosotros, los comunistas, queréis introducir la comunidad de las mujeres!, nos grita a coro toda la burguesía.

El burgués ve en su mujer un mero instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción han de ser explotados comunitariamente, y, como es natural, no puede menos de imaginarse que el destino de la utilización común ha de afectar también a las mujeres.

No sospecha que se trata precisamente de abolir la situación de las mujeres como meros instrumentos de producción.

Nada resulta más ridículo, por lo demás, que la indignación, propia de la más depurada moral, de nuestros burgueses ante la presunta comunidad oficial de las mujeres de los comunistas. Los comunistas no necesitan introducir la comunidad de las mujeres; ha existido casi siempre.

No satisfechos con que las mujeres e hijos de sus proletarios estén a su disposición, por no hablar ya de la prostitución oficial, nuestros burgueses encuentran un placer especial en seducir mutuamente a sus esposas.

El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las esposas. Lo máximo que podría reprocharse a los comunistas es que en lugar de una comunidad hipócritamente velada de las mujeres quisieran implantar otra abierta y oficial. Por lo demás, va de suyo que con la abolición de las actuales relaciones de producción desaparecerá asimismo la comunidad

de mujeres de ellas resultante, esto es, la prostitución oficial y la no oficial.

Se ha reprochado asimismo a los comunistas que querrían acabar con la patria, con la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No es posible quitarles lo que no tienen. Puesto que el proletariado aún tiene que conquistar para sí el poder político, aún tiene que elevarse a clase nacional, aún tiene que constituirse como nación, es todavía nacional, aunque en absoluto en el sentido de la burguesía.

Los aislamientos y contradicciones nacionales de los pueblos desaparecen ya cada vez más con la evolución de la burguesía, con la libertad de comercio, con el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las correspondientes condiciones de vida.

El dominio del proletariado los hará desaparecer aún más. Una de las condiciones de su liberación es la acción unificada, por lo menos de los países civilizados.

En la medida en que es abolida la explotación de un individuo por otro, es abolida la explotación de una nación por otra.

Con la desaparición de la contradicción de las clases en el seno interno de la nación, desaparece la posición hostil de las naciones entre sí.

Las acusaciones que se formulan contra el comunismo desde puntos de vista religiosos, filosóficos e ideológicos en general no merecen un examen detallado.

¿Se necesita acaso una gran perspicacia para comprender que con las condiciones de vida de los hombres, con sus relaciones sociales, con su existencia social, cambian también sus ideas, puntos de vista y conceptos, en una palabra, su consciencia?

¿Qué otra cosa demuestra la historia de las ideas sino que la producción espiritual se transforma con la material? Las

ideas dominantes de una época fueron siempre las ideas de la clase dominante.

Se habla de ideas que revolucionan una sociedad entera; con ello se expresa simplemente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elementos de una sociedad nueva, que la disolución de las viejas ideas marcha al mismo paso que la disolución de las antiguas condiciones de vida.

Cuando el mundo antiguo se encontraba en su ocaso, las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando las ideas cristianas sucumbieron en el siglo XVIII a las ideas ilustradas, la clase feudal libraba su lucha a muerte contra la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad de conciencia y de religión sólo expresaban el dominio de la libre competencia en el ámbito del saber.

«Sin embargo», se dirá, «las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc. han ido modificándose, más allá de toda duda, en el curso de la evolución histórica. La religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho, se han conservado en este cambio.

»Hay además verdades eternas, como libertad, justicia, etc., que son comunes a todas las situaciones sociales. El comunismo suprime las verdades eternas, suprime la religión, la moral, en lugar de darles nueva forma; contradice, pues, todas las evoluciones históricas existentes hasta la fecha».

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de toda la sociedad existente hasta la fecha se ha movido dentro de contradicciones de clase, moduladas de modos distintos en las distintas épocas.

Pero cualquiera que haya sido la forma adoptada, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos anteriores. Por consiguiente, no tiene nada de milagroso que la consciencia social de todos los siglos se mueva, a despecho de toda variedad y diversidad, dentro de

ciertas formas comunes, dentro de unas formas de consciencia que no se extinguen por completo más que con la desaparición del antagonismo de clases.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada tiene de extraño que en su curso evolutivo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales.

Pero dejemos las objeciones de la burguesía contra el comunismo.

Vimos ya cómo el primer paso en la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado utilizará su dominio político para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para incrementar con la mayor rapidez posible la masa de las fuerzas productivas.

En un principio tal cosa sólo podrá ocurrir, naturalmente, mediante intervenciones despóticas en el derecho de propiedad y en las relaciones burguesas de producción, en virtud, pues, de medidas que parecen económicamente insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasan a sí mismas y son inevitables como medio para revolucionar todo el modo de producción.

Estas medidas serán diferentes, naturalmente, según los diferentes países.

En los países más avanzados podrían, no obstante, ponerse en marcha, de forma más o menos generalizada, las siguientes:

1. Expropiación de la propiedad de la tierra y empleo de la renta de la tierra para los gastos del estado.
2. Fuertes impuestos progresivos.
3. Supresión del derecho de herencia.

4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrantes y sediciosos.
5. Centralización del crédito en manos del estado por medio de un banco nacional con capital estatal y monopolio exclusivo.
6. Centralización del transporte en manos del estado.
7. Multiplicación de las fábricas nacionales, de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejora de los campos de acuerdo con un plan general.
8. Trabajo obligatorio igual para todos, organización de ejércitos industriales, especialmente para la agricultura.
9. Unificación de la explotación agraria e industrial; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la diferencia entre la ciudad y el campo.
10. Educación pública y gratuita de todos los niños. Abolición del trabajo fabril de los niños en su forma actual. Unificación de la educación con la producción material, etc.



Una vez desaparecidas en el curso de la evolución las diferencias de clases y concentrada toda la producción en las manos de los individuos asociados, el poder público pierde el

carácter político. El poder político en sentido estricto es el poder organizado de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se unifica necesariamente en clase, se convierte en clase dominante en virtud de una revolución y suprime, como clase dominante, por la fuerza las viejas relaciones de producción, entonces suprime, con estas relaciones de producción, las condiciones de existencia de la contradicción de clases, las clases en general y con ello su propio dominio como clase.

El lugar de la vieja sociedad burguesa con sus clases y contradicciones de clases pasa a ser ocupado por una asociación en la que el libre desarrollo de cada cual es la condición para el libre desarrollo de todos.

III

LITERATURA SOCIALISTA y COMUNISTA

1. EL SOCIALISMO REACCIONARIO

a) El socialismo feudal

Por su posición histórica, la aristocracia francesa e inglesa estaban llamadas a escribir panfletos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de 1830, en el movimiento reformista inglés, había sucumbido una vez más al odiado advenedizo. Ya no cabía siquiera hablar de una lucha política seria. Sólo le quedaba la lucha literaria. Pero también en el terreno literario resultaban ya inservibles los recursos retóricos de la época de la Restauración. Para despertar simpatías la aristocracia estaba obligada a aparentar que no tenía en cuenta sus propios intereses, que formulaba su acta de acusación contra la burguesía en interés exclusivamente de la clase obrera explotada. Vino así a darse el gusto de entonar canciones difamatorias contra su nuevo amo y de susurrarle al oído profecías más o menos agoreras.

De este modo surgió el socialismo feudal, en parte jeremiada y en parte libelo, en parte eco del pasado y en parte amenaza del futuro; capaz en ocasiones de acertar a la burguesía en pleno corazón con juicio amargo e ingeniosamente destructivo y produciendo siempre un efecto

cómico por su total incapacidad para comprender la marcha de la historia.

A guisa de bandera blandían en su mano el zurrón del mendigo para congregar al pueblo tras de sí. Pero cada vez que éste los seguía, divisaba en sus cuartos traseros los viejos blasones feudales y se dispersaba entre risas estentóreas y poco respetuosas.

Una parte de los legitimistas franceses y la Joven Inglaterra fueron los mejores organizadores de esta representación teatral.

Cuando los feudales demuestran que su forma de explotación era de naturaleza totalmente distinta a la explotación burguesa, olvidan simplemente que explotaban en condiciones y circunstancias totalmente diferentes y hoy por completo superadas. Cuando demuestran que bajo su dominio no existió el proletariado moderno, olvidan simplemente que la burguesía moderna fue, precisamente, un retoño necesario de su orden social.

Por lo demás, ocultan tan escasamente el carácter reaccionario de su crítica, que su acusación central a la burguesía es precisamente la de que bajo su régimen se desarrolla una clase que hará volar por los aires todo el viejo orden social.

En la práctica política participan, consecuentemente, en todas las medidas represivas que se toman contra la clase obrera, y en la vida cotidiana se las arreglan, a pesar de toda su retórica ampulosa, para recoger las doradas manzanas y trocar fidelidad, amor, honor por el comercio en lanas ovinas, remolacha y aguardiente.

Al igual que el clérigo iba del brazo de los feudales, el socialismo clerical va del brazo del socialismo feudal.

Nada más fácil que dar al ascetismo cristiano un tinte socialista. ¿Acaso no libró también el cristianismo sus batallas contra la propiedad privada, contra el matrimonio, contra el

estado? ¿No predicó acaso, en su lugar, la caridad y la mendicidad, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano no es sino el agua bendita con la que el clérigo consagra la irritación del aristócrata.

b) El socialismo pequeño-burgués

La aristocracia feudal no es la única clase que ha sido derrocada por la burguesía y cuyas condiciones de vida se deterioraron y perecieron en la sociedad burguesa moderna. Los villanos medievales y el estamento del pequeño campesinado fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países de industria y comercio menos desarrollados, esta clase continúa vegetando junto a la burguesía ascendente.

En los países en los que se ha desarrollado la civilización moderna se ha formado una nueva pequeña burguesía que oscila entre el proletariado y la burguesía y que, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue renovándose constantemente, una clase cuyos individuos se ven de continuo precipitados por la competencia a las filas del proletariado, teniendo incluso que enfrentarse a su próxima desaparición general en cuanto fracción independiente de la sociedad moderna, con su consiguiente sustitución en el comercio, en la manufactura y en la agricultura por capataces y dependientes.

En países como Francia, en los que la clase campesina constituye mucho más de la mitad de la población, era de todo punto natural que los escritores que optaron por defender al proletariado contra la burguesía recurrieran en su crítica del régimen burgués al patrón de medida pequeño-burgués y pequeño-campesino, tomando posición por los obreros desde el punto de vista de la pequeña burguesía. Así se formó el socialismo pequeñoburgués. Sismondi es el más alto exponente de esta literatura, no sólo en lo que afecta a Francia, sino también a Inglaterra.

Este socialismo analizó con suma lucidez las contradicciones inherentes a las modernas relaciones de producción. Denunció y puso al descubierto las hipócritas apologías de los economistas. Demostró de una manera irrefutable los efectos destructores de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la necesaria ruina de los pequeño-burgueses y de los campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, las desigualdades escandalosas en la distribución de las riquezas, la guerra de exterminio industrial de las naciones entre sí, la disolución de las antiguas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de las antiguas nacionalidades.

En lo que hace a su contenido positivo, este socialismo se propone, sin embargo, bien restaurar los viejos medios de producción y de tráfico y, con ellos, las viejas relaciones de producción y la vieja sociedad, bien encerrar por la fuerza los medios modernos de producción y de tráfico en el marco de las viejas relaciones de producción, que fueron y tuvieron que ser hechas saltar por aquéllos. En ambos casos es reaccionario y utópico a un tiempo.

Sistema gremial en la manufactura y economía patriarcal en el campo, ésa es su última palabra.

En su evolución ulterior esta tendencia se ha extraviado en un cobarde gimoteo.

c) El socialismo alemán o «verdadero»

La literatura socialista y comunista de Francia, que surgió bajo la presión de una burguesía dominante y que es la expresión literaria de la lucha contra esta burguesía, fue introducida en Alemania en una época en la que la burguesía estaba precisamente dando los primeros pasos en su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, semifilósofos e intelectuales alemanes se apoderaron con avidez de esta literatura, olvidando, sin embargo, que las condiciones francesas de vida no habían entrado en Alemania a la vez que aquellos escritos. Confrontada a las condiciones alemanas, la literatura francesa perdió todo significado práctico inmediato, adoptando un aspecto puramente literario. Tuvo que aparecer como una especulación ociosa acerca de la realización del ser humano. Para los filósofos alemanes del siglo XVIII sólo tenían, pues, el sentido de ser exigencias de la «razón práctica» en general, y, a sus ojos, las manifestaciones de la voluntad de la burguesía revolucionaria francesa significaban las leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como ésta debe ser, de la voluntad verdaderamente humana.

El trabajo exclusivo de los literatos alemanes consistió en poner en concordancia las nuevas ideas francesas con su vieja consciencia filosófica o, más bien, en apropiarse de las ideas francesas desde su punto de vista filosófico.

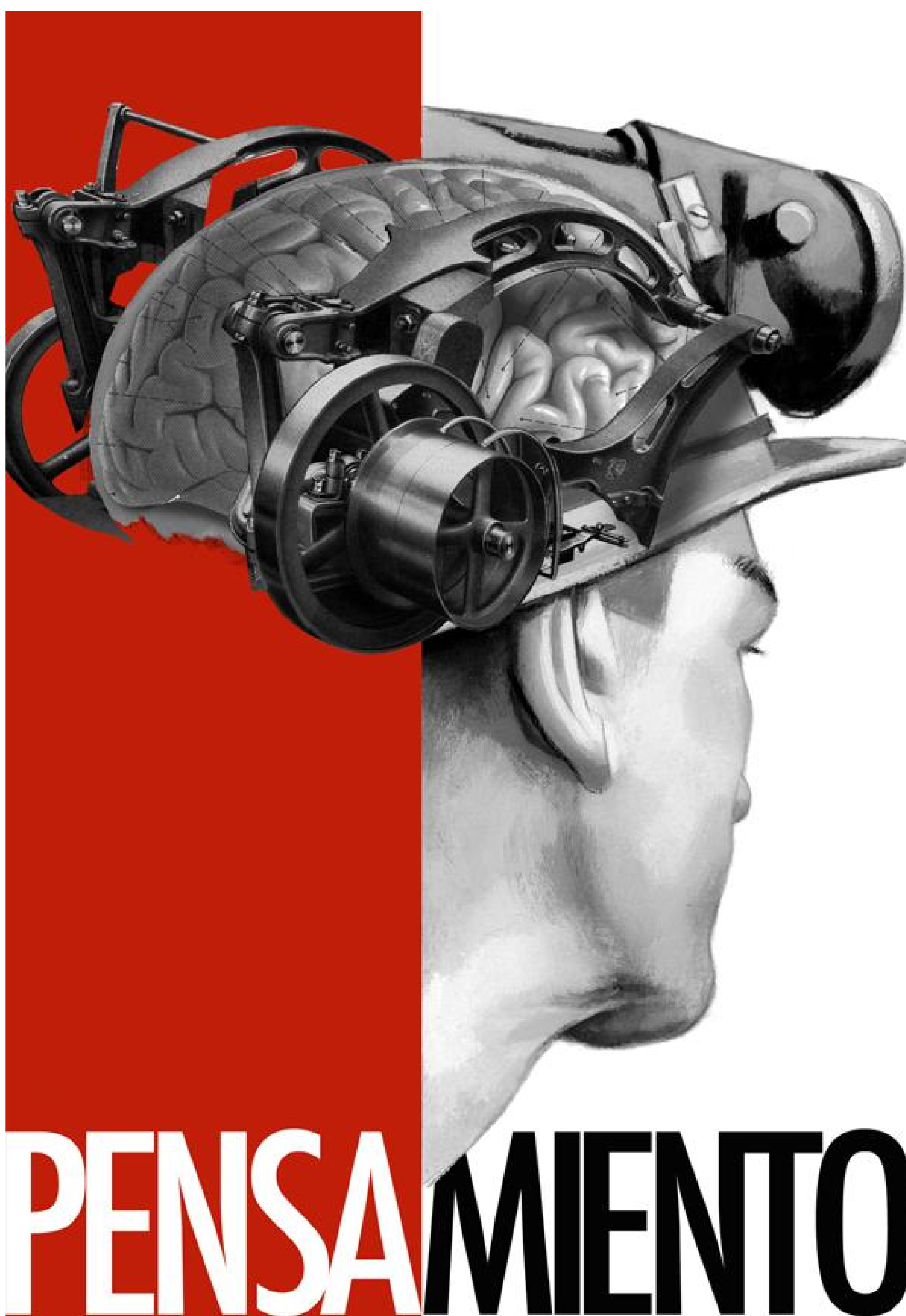
Esta apropiación tuvo lugar del mismo modo en que tiene, por lo general, lugar la apropiación de una lengua extranjera, mediante la traducción.

Es sabido que sobre los manuscritos en los que estaban registradas las obras clásicas de la antigua época pagana los monjes escribían, superponiéndolas, absurdas historias católicas de santos. Los literatos alemanes procedieron a la inversa con la literatura francesa profana. Escribían sus sinsentidos filosóficos tras del original francés. Tras de la crítica francesa de las relaciones dinerarias, por ejemplo, escribían «enajenación de la esencia humana», tras de la crítica francesa del estado burgués escribían «superación del dominio de lo general abstracto», etc.

Bautizaron la interpolación de estos giros filosóficos en los desarrollos franceses como «filosofía de la acción», «socialismo verdadero», «ciencia alemana del socialismo», «fundamentación filosófica del socialismo», etc.

La literatura comunista-socialista francesa vino a ser así formalmente castrada. Y como en manos de los alemanes dejó de expresar la lucha de una clase contra la otra, el alemán se convenció de haber superado la «unilateralidad francesa», de haber abogado por la necesidad de la verdad en lugar de haberlo hecho por necesidades reales, por los intereses de la esencia humana en lugar de por los del proletariado, por los de ese ser humano que no pertenece a clase alguna, que no pertenece en absoluto a la realidad, sino al cielo neblinoso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que se tomaba con tanta seriedad y de modo tan solemne sus torpes ejercicios escolares y que tan gárrulamente los vociferaba a los cuatro vientos, fue perdiendo, con todo, a ritmo cada vez más acelerado su pedante inocencia.


PENSAMIENTO

La lucha de la burguesía alemana y, especialmente, de la prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, cobró una seriedad cada vez mayor.

Se le brindó así al socialismo «verdadero» la tan deseada oportunidad de oponer las reivindicaciones socialistas al movimiento político, de lanzar los usuales anatemas contra el liberalismo, contra el estado representativo, contra la competencia burguesa, la libertad burguesa de prensa, el derecho burgués, la libertad y la igualdad burguesas, y de predicar a la masa del pueblo cómo con este movimiento burgués nada tenían que ganar y sí, antes bien, todo que perder. El socialismo alemán olvidó oportunamente que la crítica francesa, de la que no era sino un eco trivial, presuponía la moderna sociedad burguesa con las correspondientes condiciones materiales de vida y la correspondiente constitución política, presupuestos todos ellos por cuya consecución aún había que luchar en Alemania.

Cumplió así para los gobiernos absolutos alemanes y su séquito de clérigos, maestros de escuela, hidalgos de terrón y burócratas el bienvenido papel de espantapájaros contra la amenaza de la burguesía ascendente.

Constituyó el edulcorado complemento de los amargos latigazos y disparos con los que esos mismos gobiernos procedieron a sofocar las revueltas obreras alemanas.

Y así, si el socialismo «verdadero» fue un arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, también representó directamente un interés reaccionario, el interés de la pequeña burguesía alemana. La pequeña burguesía, proveniente del siglo XVI y que desde esa fecha había reaparecido una y otra vez en diversas formas, constituye en Alemania el verdadero fundamento social del estado de cosas imperante. Su conservación es la conservación del estado de cosas alemán imperante. Del dominio industrial y político de la burguesía teme su ruina segura, a consecuencia, por una

parte, de la concentración del capital y, por otra, de la irrupción de un proletariado revolucionario. Dio en pensar que el socialismo «verdadero» mataba, en su favor, dos pájaros de un tiro. Y este socialismo se propagó como una epidemia.

Este ropaje, tejido con telarañas especulativas, bordado de flores retóricas de aire altamente espiritual, empapado de un cálido rocío sentimental, este ropaje ampuloso, con el que los socialistas alemanes recubrían su par de descarnadas «verdades eternas», no hizo más que aumentar la venta de su mercancía entre este público.

Por su parte, el socialismo alemán reconoció con fuerza creciente su vocación de ser el representante pomposo de esta pequeña burguesía.

Proclamó la nación alemana como la nación normal y el pequeño burgués alemán como el hombre normal. Confirió a todas las infamias de éste un sentido oculto, superior, socialista, en orden al que pasaban a significar su contrario. Manifestándose directamente contra la orientación «brutalmente destructiva» del comunismo y proclamando su superioridad imparcial por encima de todas las luchas de clases, llevó las cosas hasta sus últimas consecuencias. Con muy pocas excepciones, todo cuanto circula en Alemania como escritos presuntamente socialistas y comunistas pertenece al ámbito de esta literatura turbia y enervante.


REVOLUCION

2. EL SOCIALISMO CONSERVADOR O BURGUÉS

Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales para asegurar la subsistencia de la sociedad burguesa.

Forman en sus filas: economistas, filántropos, humanitarios, mejoradores de la situación de las clases trabajadoras, organizadores de la beneficencia, protectores de los animales, fundadores de sociedades que predican la templanza, la más variopinta clase de reformistas de poca monta. Este socialismo burgués ha sido, por lo demás, reelaborado también en sistemas completos.

Citaremos como ejemplo la obra de Proudhon *Philosophie de la misère*.

Los burgueses socialistas están a favor de las condiciones de vida de la sociedad moderna, pero sin las luchas y peligros que surgen necesariamente de ellas. Quieren la sociedad existente, pero eliminando de la misma los elementos que la revolucionan y disuelven. Quieren la burguesía sin el proletariado. Como es natural, la burguesía se representa el mundo en el que domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués convierte esta consoladora representación en un sistema a medias o global. Cuando exhorta al proletariado a realizar sus sistemas y entrar en la nueva Jerusalén, lo que en el fondo reclama no es sino que se detenga en la sociedad actual, pero desprendiéndose de sus imágenes hostiles de la misma.

Una segunda forma, menos sistemática, aunque más práctica de este socialismo, intentó disuadir a la clase obrera de cualquier movimiento revolucionario, haciéndole ver que no tal o cual transformación política, sino sólo una transformación de las relaciones materiales de vida, de las

relaciones económicas, podría serle de utilidad. Sólo que como transformaciones de las condiciones materiales de vida este socialismo no entiende en absoluto la abolición de las relaciones burguesas de producción, únicamente posible por vía revolucionaria, sino mejoras administrativas introducidas en el terreno de estas relaciones de producción, mejoras que en nada modifican, por tanto, la relación entre capital y trabajo asalariado, sino que, en el mejor de los casos, disminuyen a la burguesía los costes de su dominio y simplifican su administración estatal.

El socialismo burgués sólo alcanza su expresión idónea cuando se convierte en mera figura retórica.

¡Libre comercio! En interés de la clase obrera; ¡protección arancelaria! En interés de la clase obrera. ¡Prisiones celulares! En interés de la clase obrera: he ahí la última palabra del socialismo burgués, la única dicha verdaderamente en serio.

El socialismo de la burguesía consiste, pues, precisamente en afirmar que los burgueses son burgueses —en interés de la clase obrera.

3. EL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO UTÓPICO-CRÍTICOS

No nos ocupamos aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas expresó las exigencias del proletariado. (Escritos de Babeuf, etc.).

Los primeros intentos del proletariado por imponer de modo directo, en una época de efervescencia general, en el período del derrocamiento de la sociedad feudal, su propio interés de clase, fracasaron necesariamente a consecuencia tanto de la condición escasamente desarrollada del proletariado mismo como de la ausencia de las condiciones materiales de su liberación, que son sólo, hablando con

precisión, producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompañó esos primeros movimientos del proletariado es, desde el punto de vista de su contenido, necesariamente reaccionaria. Predica un ascetismo general y un tosco igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simon, Fourier, Owen, etc., sólo surgen durante el primer período, escasamente desarrollado, de la lucha entre el proletariado y la burguesía, a cuya descripción procedimos arriba. (Véase «Burgueses y proletarios»).

Los inventores de esos sistemas perciben, ciertamente, el antagonismo de las clases, así como la efectividad de los elementos disolventes en la propia sociedad dominante. Pero no vislumbran, en lo que hace al proletariado, iniciativa histórica propia alguna, no divisan movimiento político alguno específico del mismo.

Como la evolución del antagonismo entre las clases va de consuno con la evolución de la industria, tampoco encuentran las condiciones materiales para la liberación del proletariado y buscan una ciencia social, buscan leyes sociales para crear estas condiciones.

El lugar de la actividad social ha de ser ocupado por su actividad inventiva personal; el lugar de las condiciones históricas de la liberación, por condiciones fantásticas; el lugar de una organización progresiva, paso a paso, del proletariado como clase, por una organización de la sociedad diseñada por ellos mismos. La historia universal futura pasa así a disolverse para ellos en la propaganda y en la realización práctica de sus planes sociales.

Son conscientes, desde luego, de defender en sus planes fundamentalmente los intereses de la clase obrera en tanto en cuanto ésta es la que más padece. El proletariado sólo existe para ellos desde este punto de vista de su condición de la clase que ha de cargar con un mayor sufrimiento.

La forma escasamente desarrollada de la lucha de clases, así como su propia posición en la vida, les llevan a creer que están muy por encima de ese antagonismo de las clases. Quieren mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad, también de los que están en mejor posición. En consecuencia, apelan constantemente a la sociedad entera sin distinciones y, preferentemente, incluso a la clase dominante. Con comprender tan sólo su sistema se reconocería ya el mejor proyecto posible de la mejor sociedad posible.

Rechazan por ello toda acción política, en especial toda posible acción revolucionaria; pretenden alcanzar su objetivo por vía pacífica e intentan con la ayuda de pequeños experimentos, naturalmente fallidos, abrir camino al nuevo evangelio social por medio del ejemplo.

La descripción fantástica de la sociedad futura surge en una época en la que el proletariado aún está a un nivel mínimo de desarrollo, es decir, en que él mismo concibe aún de manera fantástica su propia posición, sus primeros impulsos, llenos de presentimientos, hacia una transformación general de la sociedad.

Pero los escritos socialistas y comunistas constan asimismo de elementos críticos. Convierten los fundamentos todos de la sociedad existente en blanco de su crítica. Y precisamente por eso han procurado un material sumamente valioso para la ilustración de los obreros. Sus principios positivos sobre la sociedad futura, como, por ejemplo, abolición del antagonismo entre ciudad y campo, de la familia, de la ganancia privada, del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social, la transformación del estado en una mera administración de la producción, todos estos principios suyos expresan simplemente la desaparición del antagonismo de clases, que apenas si está comenzando ahora, en realidad, a desarrollarse, y al que sólo conocen en su primera e informe indefinición. De ahí que tales principios sólo tengan un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y del comunismo utópico-críticos es inversamente proporcional a su desarrollo histórico. En la misma medida en que la lucha de clases se desarrolla y toma cuerpo, esta fantástica elevación por encima de la misma, este modo fantástico de combatirla, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. Por ello, aunque los autores de estos sistemas fueron revolucionarios en muchos aspectos, sus discípulos forman sectas cada vez más reaccionarias. Se aferran a los antiguos puntos de vista de sus maestros frente a la prosecución del desarrollo histórico del proletariado. Dirigen, en consecuencia, sus esfuerzos a intentar mitigar de nuevo la lucha de clases y a mediar entre los antagonismos. Siguen soñando todavía con la realización experimental de sus utopías sociales, con la fundación de falansterios aislados, con el establecimiento de colonias interiores, con la instauración de una pequeña Icaria —edición en dozavo de la nueva Jerusalén—, y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven obligados a apelar a la filantropía de los corazones y de los bolsillos burgueses. Poco a poco van cayendo dentro de la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores arriba descritos, y sólo se diferencian ya de ellos por una pedantería más sistemática, por su fanática fe supersticiosa en los efectos milagrosos de su ciencia social.

Por ello se enfrentan encarnizadamente a todo movimiento político de los obreros, que sólo podría surgir de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio.

En Inglaterra, los owenistas reaccionan contra los cartistas; en Francia, los fourieristas lo hacen contra los reformistas.

IV

POSICIÓN DE LOS COMUNISTAS FRENTE A LOS DIVERSOS PARTIDOS OPOSITORES

De acuerdo con el apartado II, la relación entre los comunistas y los partidos obreros ya constituidos, vale decir, su relación con los cartistas en Inglaterra y los reformistas agrarios en Norteamérica, se entiende por sí sola.

Luchan por alcanzar los fines e intereses presentes inmediatos de la clase obrera, pero en el movimiento actual representan asimismo el futuro del movimiento. En Francia, los comunistas se unen al Partido Socialista Democrático contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar por ello al derecho de mantener una actitud crítica frente a la fraseología y a las ilusiones provenientes de la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido consta de elementos contradictorios, en parte de socialistas democráticos en el sentido francés, en parte de burgueses radicales.

Entre los polacos los comunistas prestan su apoyo al partido que hace de una revolución agraria condición de la liberación nacional, el mismo partido que alentó la insurrección de Cracovia de 1846.

En Alemania el Partido Comunista lucha junto con la burguesía, en tanto esta adopta una actitud revolucionaria,

contra la monarquía absoluta, la propiedad feudal de la tierra y la pequeña burguesía.

Pero no deja un solo momento de luchar por conseguir que los obreros tengan una consciencia lo más clara posible de la contraposición hostil entre burguesía y proletariado, para que los obreros alemanes puedan volver de inmediato, como otras tantas armas, contra la burguesía las condiciones sociales que la burguesía debe introducir con su dominación, para que tras la caída de las clases reaccionarias en Alemania comience inmediatamente la lucha contra la propia burguesía.

Los comunistas concentran primordialmente su atención en Alemania, dado que este país está en vísperas de una revolución burguesa y porque en la medida en que Alemania lleva a cabo esta revolución en las condiciones más avanzadas de la civilización europea en general y con un proletariado mucho más desarrollado que en Inglaterra en el siglo XVII y en Francia en el siglo XVIII, la revolución burguesa alemana sólo puede ser el preludio inmediato de una revolución proletaria.

En una palabra, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el estado social y político de cosas existente.

En todos estos movimientos ponen en primer término el problema de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que pueda haber adoptado, como problema fundamental del movimiento.

Los comunistas trabajan, por último, en todas partes a favor de la vinculación y del entendimiento de los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas consideran indigno ocultar sus puntos de vista e intenciones. Declaran abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados mediante la subversión violenta de todo orden social preexistente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no

tienen otra cosa que perder en ella que sus cadenas. Tienen un mundo que ganar.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS!



PRÓLOGOS AL MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Por

Karl Marx y Friedrich Engels

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1872

La Liga de los Comunistas, una asociación internacional de trabajadores que en las condiciones entonces imperantes sólo podía ser, obviamente, secreta, encargó a los que suscriben, en el congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, la redacción de un programa detallado teórico y práctico del Partido destinado a la opinión pública. Nació así el siguiente *Manifiesto*, cuyo manuscrito fue enviado a Londres, para su impresión, pocas semanas antes de la revolución de febrero. Publicado inicialmente en alemán, ha sido impreso en esa lengua por lo menos en doce ediciones diferentes en Alemania, Inglaterra y Norteamérica. En inglés apareció por primera vez en 1850 en el *Red Republican* de Londres, en traducción de *Miss* Helen Macfarlane, y en 1871, en por lo menos tres traducciones diferentes, en Norteamérica. La primera versión francesa vio la luz en París poco antes de la insurrección de junio de 1848 y recientemente en *Le Socialiste* de Nueva York. Hay una nueva traducción en preparación. En polaco, fue publicado en Londres poco después de su primera edición alemana. En ruso, en Ginebra, en la década de 1860. Fue traducido asimismo al danés poco después de su publicación.

Por grandes que hayan sido las transformaciones ocurridas en las condiciones imperantes durante los últimos veinticinco años, los principios generales desarrollados en este *Manifiesto* aún conservan actualmente, en líneas generales, toda su corrección. Aquí y allá habría algo que mejorar. Como el propio *Manifiesto* declara, la aplicación práctica de estos

principios dependerá siempre y por doquier de las circunstancias históricas imperantes, razón por la cual no se pone énfasis especial alguno en las medidas revolucionarias propuestas al final del apartado II. En más de un aspecto este pasaje tendría que ser redactado de otro modo. A la vista del inmenso desarrollo de la gran industria que ha tenido lugar en los últimos veinticinco años y de la organización, correlativamente en ascenso, de la clase obrera en partido, así como ante las experiencias prácticas, primero de la revolución de febrero y aún mucho más de la Comuna de París, en que el proletariado detentó, por vez primera, el poder político durante dos meses, este programa está hoy anticuado en alguno de sus puntos. La Comuna, sobre todo, ha demostrado que «la clase obrera no puede tomar simplemente posesión de la máquina estatal funcionante y ponerla en movimiento al servicio de sus fines». (Véase *La guerra civil en Francia*. Mensaje del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores, edición alemana, pág. 19, donde este punto se desarrolla más a fondo). Resulta, además, evidente que la crítica de la literatura socialista está, desde una perspectiva actual, incompleta, ya que sólo llega hasta 1847; también que por mucho que en sus líneas generales las observaciones sobre la posición de los comunistas frente a los diversos partidos opositores (apartado IV) sigan siendo hoy todavía válidas, en su desarrollo están anticuadas, dado que la situación política se ha transformado totalmente y la evolución histórica ha hecho desaparecer de la faz del mundo la mayor parte de los partidos que ahí se enumeran.

El *Manifiesto* es, no obstante, un documento histórico respecto del que no podemos ya arrogarnos el derecho de modificarlo a nuestra voluntad. Tal vez aparezca una edición posterior acompañada por una introducción que cubra la distancia que media entre 1847 y la actualidad; la presente reimpresión ha llegado demasiado inesperadamente para nosotros como para darnos tiempo para ello.

Londres, 24 junio de 1872

KARL MARX – FRIEDRICH ENGELS

PRÓLOGO A LA EDICIÓN RUSA DE 1882

La primera edición rusa del *Manifiesto del Partido Comunista*, traducido por Bakunin, apareció a comienzos de la década de 1860 en la imprenta del *Kolokol*. Por entonces, el Occidente sólo podía ver en ella (en la edición rusa del *Manifiesto*) un *curiosum* literario. Tal concepción resultaría hoy imposible.

El capítulo final del *Manifiesto*, sobre la posición de los comunistas frente a los diversos partidos opositores de los diferentes países, muestra con la mayor claridad cuán restringido era aún el ámbito que por entonces (diciembre de 1847) ocupaba el movimiento proletario. Faltan en él, en efecto, Rusia y los Estados Unidos. Era la época en la que Rusia constituía la última gran reserva de la reacción general europea, en la que los Estados Unidos absorbían, mediante la inmigración, el sobrante de población proletaria de Europa. Ambos países abastecían a Europa de materias primas y eran, a la vez, mercados para la venta de sus productos industriales. De una y otra manera ambos países eran entonces, por tanto, columnas del orden europeo establecido.

¡Qué diferente hoy todo! Precisamente la inmigración europea posibilitó a Norteamérica una gigantesca producción agrícola, cuya competencia conmueve en sus cimientos la propiedad europea de la tierra, grande y pequeña. Permitió, además, a los Estados Unidos explotar sus ingentes recursos industriales con una energía y en una escala tal que en poco tiempo acabarán, por fuerza, con el monopolio industrial europeo-occidental existente hasta la fecha, y muy

especialmente con el de Inglaterra. Ambos factores repercuten a su vez, revolucionariamente, sobre la propia Norteamérica. La pequeña y mediana propiedad agraria de los granjeros, piedra angular de toda la constitución política, sucumbe poco a poco ante la competencia de las granjas gigantescas; en los distritos industriales se desarrolla paralelamente, por vez primera, un proletariado masivo junto a una fabulosa concentración de capitales.

¡Y ahora, Rusia! Durante la revolución de 1848-49 no fueron sólo los príncipes europeos, sino también los burgueses europeos los que encontraron en la intromisión rusa la única salvación posible frente al proletariado que acababa de despertar. El zar fue proclamado jefe de la reacción europea. Hoy es prisionero de guerra de la revolución en Gatschina y Rusia constituye la avanzada de la acción revolucionaria en Europa.

El *Manifiesto Comunista* tenía la misión de proclamar la inminente e inevitable disolución de la propiedad burguesa moderna. Pero en Rusia encontramos, frente a la especulación capitalista en rápido auge y la propiedad burguesa de la tierra apenas en desarrollo, más de la mitad de la tierra en propiedad común de los campesinos. Cabe preguntarse ahora: ¿Puede la comunidad rural rusa, que es una forma fuertemente socavada, sin duda, de la antiquísima propiedad común del suelo, pasar a convertirse directamente en la forma superior de la propiedad común comunista? ¿O deberá, por el contrario, recorrer primero el mismo proceso de disolución que constituye la evolución histórica de Occidente?

La única respuesta posible hoy en día a este interrogante es la siguiente: si la revolución rusa se convierte en la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen entre sí, entonces la actual propiedad común rusa de la tierra puede servir como punto de partida a una evolución comunista.

Londres, 21 enero de 1882

KARL MARX – FRIEDRICH ENGELS

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1883

Me veo, por desgracia, en la obligación de firmar sólo el prólogo a la presente edición. Marx, el hombre al que la clase obrera de Europa y de América, considerada globalmente, debe más que a cualquier otro, Marx reposa en el cementerio de Highgate y sobre su tumba crece ya la primera hierba. Tras su muerte no cabe hablar ya propiamente de modificar o completar el *Manifiesto*. Tanto más necesario considero dejar sentado explícitamente aquí, una vez más, lo que sigue.

El pensamiento fundamental que recorre todo el *Manifiesto*, a saber, que la producción económica y la estructura social que se deriva necesariamente de ella en cada época de la historia constituyen el fundamento de la historia política e intelectual de esa época; que, en consecuencia (desde la disolución de la antiquísima propiedad común de la tierra), la historia entera ha sido una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadoras y explotadas, dominadoras y dominadas, en diversos niveles del desarrollo social; pero que esta lucha ha alcanzado ahora una etapa en la cual la clase explotada y oprimida (el proletariado) ya no puede liberarse de la clase que la explota y oprime (la burguesía) sin liberar al mismo tiempo y para siempre a la sociedad entera de la explotación, la opresión y las luchas de clases —este pensamiento fundamental pertenece única y exclusivamente a Marx.

He expresado esto a menudo, ¡pero precisamente ahora es necesario que figure también en el frontispicio del propio Manifiesto!

Londres, 28 de junio de 1883

FRIEDRICH ENGELS

PRÓLOGO A LA EDICIÓN INGLESA DE 1888

El *Manifiesto* se publicó como plataforma de la Liga de los Comunistas, una asociación obrera en un principio exclusivamente alemana, más tarde internacional, que, en las condiciones políticas del continente europeo en 1848, era inevitablemente una organización secreta. En el congreso de la Liga, celebrado en Londres en noviembre de 1847, Marx y Engels fueron comisionados para preparar la publicación de un programa teórico y práctico completo del partido. Redactado en lengua alemana, el manuscrito fue enviado a Londres para su impresión en enero de 1848, pocas semanas antes de la revolución francesa del 24 de febrero. Poco antes de la insurrección de junio de 1848 vio la luz una traducción francesa en París. La primera traducción al inglés, preparada por *Miss* Helen Macfarlane, apareció en 1850 en el Red Republican de Julian Harney, en Londres. También se publicaron sendas ediciones en danés y en polaco.

El aplastamiento de la insurrección de junio en París en 1848 —esa primera gran batalla entre burguesía y proletariado — relegó de nuevo transitoriamente a un segundo plano los afanes sociales y políticos de la clase obrera europea. Desde entonces, la lucha por la supremacía volvió a seguir su curso únicamente, como en el período anterior a la revolución de febrero, entre grupos diversos de la clase poseedora; la clase obrera se vio limitada a una lucha en pro de la libertad de movimientos políticos y a la posición de un ala de extrema izquierda de la burguesía radical. Cada vez que seguían dando señales de vida movimientos proletarios independientes, eran

despiadadamente abatidos. Así, por ejemplo, la política prusiana localizó el Comité Central de la Liga de los Comunistas, que por entonces tenía su sede en Colonia. Sus miembros fueron arrestados y, tras dieciocho meses de prisión, fueron sometidos a los tribunales en octubre de 1852. Este célebre «proceso de los comunistas de Colonia» se prolongó desde el 4 de octubre hasta el 12 de noviembre; siete de los primeros fueron condenados a penas de cárcel que oscilaban entre los tres y los seis años. Inmediatamente después de emitido el veredicto, los miembros que aún quedaban disolvieron formalmente la Liga. En cuanto al *Manifiesto*, a partir de ese momento pareció estar condenado al olvido.

Cuando la clase obrera europea hubo reunido otra vez fuerzas suficientes como para un nuevo ataque a la clase dominante, nació la Asociación Internacional de Trabajadores. Pero esta asociación, que había sido expresamente fundada para fusionar en una única corporación a todo el proletariado combativo de Europa y América, no podía proclamar de inmediato los principios formulados en el *Manifiesto*. La Internacional tenía que tener un programa lo suficientemente amplio como para resultar aceptable para las *trade unions* inglesas, para los partidarios franceses, belgas, italianos y españoles de Proudhon y para los lassalleanos en Alemania. Marx, que elaboró este programa para satisfacer a todos los partidos, tenía plena confianza en el desarrollo intelectual de la clase obrera, un desarrollo que debía surgir necesariamente de la acción unificada y de la discusión en común. Los acontecimientos y vicisitudes en la lucha contra el capital, las derrotas aún más que las victorias, no podían menos de llevar a los hombres a tomar consciencia de las insuficiencias de sus diversas panaceas predilectas y de allanarles el camino para una plena comprensión de las premisas efectivas de la emancipación de la clase obrera. Y Marx tenía razón. Cuando en 1874 se desintegró la Internacional, dejó ya a los obreros en una situación totalmente diferente a aquélla en la que les encontró en el momento de su fundación, en 1864. El

proudhonismo en Francia y el lassalleanismo estaban agonizando, y también las conservadoras trade unions inglesas, a pesar de que habían disuelto hacía ya mucho tiempo, en su mayoría, sus vínculos con la Internacional, se acercaban poco a poco al punto en que su presidente podía declarar en Swansea, el año anterior: «El socialismo continental no nos causa ya ningún temor». Es un hecho que los principios del *Manifiesto* habían realizado considerables progresos entre los obreros de todos los países.

De este modo volvió el propio *Manifiesto* a pasar a un primer plano. Después de 1850, el texto alemán había sido reimpreso varias veces en Suiza, Inglaterra y Norteamérica. En 1872 fue traducido al inglés, más concretamente en Nueva York, donde la traducción se publicó en *Woodhull and Claflin's Weekly*. Tomando como base esta versión inglesa fue hecha también una versión francesa en *Le Socialiste* de Nueva York. Desde entonces se han publicado aún en Norteamérica por lo menos dos traducciones inglesas, más o menos deformadas, una de las cuales fue reimpresa en Inglaterra. La primera traducción rusa, que estuvo a cargo de Bakunin, se editó aproximadamente hacia 1863 en la imprenta del *Kolokol* de Herzen, en Ginebra, y una segunda traducción, de la heroica Vera Sassulich, vio la luz asimismo en Ginebra en 1882. Una nueva edición danesa se encuentra en la «Socialdemokratisk Bibliothek», Copenhague, 1885; una nueva traducción francesa, en Le Socialiste, París, 1886. Siguiendo esta última se preparó una traducción española, que fue publicada en Madrid en 1886. No es posible indicar con exactitud el número de reimpresiones en alemán, pero fueron doce, por lo menos, en total. Una traducción al armenio que tenía que haber salido en Constantinopla hace algunos meses no llegó a ver la luz porque, según se me comunicó, el editor no tuvo el valor de editar un libro en el que figurara el nombre de Marx, sin que el traductor se decidiera tampoco a firmarla como obra propia. He oído mencionar, ciertamente, otras versiones en otras lenguas, pero no he podido verlas. La

historia del Manifiesto refleja, pues, en buena medida la historia del movimiento obrero moderno; hoy es, sin lugar a dudas, la obra más ampliamente difundida y más internacional de toda la literatura socialista, un programa conjunto que es reconocido por millones de obreros, de Siberia a California.

Y, sin embargo, cuando fue escrito no hubiéramos podido llamarlo un manifiesto socialista. En 1847 se entendía como socialistas, por una parte, a los partidarios de los diversos sistemas utópicos: los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que se han visto reducidos ya unos y otros a meras sectas en paulatina extinción; por otra, a los más variados charlatanes sociales que prometían eliminar las lacras sociales con toda suerte de panaceas que no ofrecían el menor peligro para el capital ni para las ganancias. En ambos casos se trataba de gentes situadas fuera del movimiento obrero y que buscaban más bien apoyo entre las clases «ilustradas». La parte de la clase obrera que había llegado al convencimiento de la insuficiencia de transformaciones meramente políticas y postulaba la necesidad de una transformación total de la sociedad se llamaba entonces comunista. Se trataba aún de una forma rudimentaria, tosca, puramente instintiva de comunismo; pero acertó en el punto cardinal y fue lo suficientemente fuerte dentro de la clase obrera como para engendrar el comunismo utópico, el de Cabet en Francia y el de Weitling en Alemania. De este modo, en 1847 el socialismo era un movimiento de la clase media, mientras que el comunismo era un movimiento de la clase obrera. El socialismo era, cuanto menos en el continente, «respetable»; en tanto que el comunismo era exactamente lo contrario. Y puesto que desde un principio opinábamos que «la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera», no podía caber duda alguna acerca de cuál de ambos nombres habríamos de escoger. No sólo eso, sino que desde entonces jamás se nos ha ocurrido siquiera desdecirnos de él.

Aunque el *Manifiesto* fue trabajo conjunto de ambos, me considero obligado a dejar explícitamente sentado que la idea fundamental que constituye su núcleo pertenece a Marx. Esta idea consiste en lo siguiente: que en toda época histórica el modo económico predominante de producción e intercambio, y la estructura social que se deriva necesariamente de él, constituyen el fundamento sobre el cual se basa la historia política e intelectual de esa época, que sólo a partir de él puede ser explicada; que, en consecuencia, toda la historia de la humanidad (desde la abolición del orden gentilicio, con su propiedad común de la tierra) ha sido una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas; que la historia de estas luchas de clases constituye una serie evolutiva que ha alcanzado en la actualidad una etapa en la cual la clase explotada y oprimida —el proletariado— ya no puede lograr su liberación del yugo de la clase explotadora y dominante —la burguesía— sin liberar al mismo tiempo a toda la sociedad, de una vez por todas, de toda explotación y opresión, de todas las diferencias y luchas de clases.

A esta idea, que en mi opinión está llamada a cimentar el mismo progreso para las ciencias históricas que el que cimentó la teoría de Darwin para las ciencias naturales, a esta idea ya nos habíamos aproximado ambos paulatinamente varios años antes de 1845. Mi trabajo sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* muestra hasta qué punto había avanzado yo por mi cuenta en esa dirección. Pero cuando volví a encontrar a Marx en Bruselas, durante la primavera de 1845, éste la había desarrollado por completo y me la presentó con palabras casi tan claras como las que acabo de emplear para resumirla.

De nuestro prólogo común a la edición alemana de 1872 citaré lo siguiente:

«Por grandes que hayan sido las transformaciones ocurridas en las condiciones imperantes durante los últimos veinticinco años, los principios generales desarrollados en este

Manifiesto aún conservan, actualmente, en líneas generales, toda su corrección. Aquí y allá habría algo que mejorar. Como el propio *Manifiesto* declara, la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y por doquier de las circunstancias históricas imperantes, razón por la cual no se pone énfasis especial alguno en las medidas revolucionarias propuestas al final del apartado II. En más de un aspecto este pasaje tendría que ser redactado de otro modo. A la vista del inmenso desarrollo de la gran industria que ha tenido lugar en los últimos veinticinco años y de la organización, correlativamente en ascenso, de la clase obrera en partido, así como ante las experiencias prácticas, primero de la revolución de febrero y aún mucho más de la Comuna de París, en que el proletariado detentó, por vez primera, el poder político durante dos meses, este programa está hoy anticuado en alguno de sus puntos. La Comuna, sobre todo, ha demostrado que "la clase obrera no puede tomar simplemente posesión de la máquina estatal funcionante y ponerla en movimiento al servicio de sus fines". (Véase *La guerra civil en Francia. Mensaje del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores*, edición alemana, pág. 19, donde este punto se desarrolla más a fondo). Resulta, además, evidente que la crítica de la literatura socialista está, desde una perspectiva actual, incompleta, ya que sólo llega hasta 1847; también que por mucho que en sus líneas generales las observaciones sobre la posición de los comunistas frente a los diversos partidos opositores (apartado IV) sigan siendo hoy todavía válidas, en su desarrollo están anticuadas, dado que la situación política se ha transformado totalmente y la evolución histórica ha hecho desaparecer de la faz del mundo la mayor parte de los partidos que ahí se enumeran.

»El *Manifiesto* es, no obstante, un documento histórico respecto del que no podemos ya arrogarnos el derecho de modificarlo a nuestra voluntad».

La presente traducción se debe al señor Samuel Moore, traductor de la mayor parte de El Capital de Marx. La hemos

revisado en colaboración y he añadido algunas notas para explicar ciertas alusiones históricas.

Londres, 30 enero de 1888

FRIEDRICH ENGELS

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1890

Desde la redacción del prólogo precedente, se ha hecho de nuevo necesaria otra edición alemana del *Manifiesto*, y han ocurrido en torno al *Manifiesto* algunas cosas que deben ser mencionadas aquí.

En 1882 vio la luz en Ginebra una segunda traducción rusa, debida a Vera Sassulich; el prólogo de la misma fue redactado por Marx y por mí. Lamentablemente se me ha extraviado el manuscrito original alemán, por lo que tengo que retraducir del ruso, lo que en modo alguno favorece el trabajo. Dice así[1]: ……………………………………………

Una nueva traducción polaca apareció en Ginebra por las mismas fechas: *Manifest komunistyczny*.

Ha aparecido además, en la «Socialdemokratisk Bibliothek», Kobenhavn, 1885, una nueva traducción danesa. Por desgracia no es del todo completa; se han omitido algunos pasajes esenciales, que a lo que parece creaban dificultades al traductor, y aquí y allá se notan señales de negligencia, que resultan tanto más de lamentar cuanto que a la vista del trabajo se percibe que con algo más de cuidado el traductor habría podido conseguir un resultado excelente.

En 1886 apareció una nueva traducción francesa en Le Socialiste, París; es la mejor de las hasta la fecha publicadas.

Tras esta se publicó, el mismo año, una traducción española primero en El Socialista madrileño y luego en forma de folleto: *Manifiesto del Partido Comunista* por Carlos Marx

y F. Engels, Madrid, Administración de *El Socialista*, Hernán Cortés, 8.

Citaré como *curiosum* el hecho de que en 1887 fue ofrecido a un editor de Constantinopla el manuscrito de una traducción armenia; el buen hombre no tuvo, sin embargo, el valor de publicar algo en lo que figurara el nombre de Marx y pensó que el traductor podía aparecer como autor, oferta que éste declinó.

Después de haberse reimpreso varias veces en Inglaterra bien una, bien otra de las traducciones norteamericanas más o menos inexactas, apareció finalmente una traducción auténtica en 1888. Su autor es mi amigo Samuel Moore y antes de su impresión hemos vuelto a revisarla juntos. Su título es *Manifest of the Communist Party*, by Karl Marx and Frederick Engels, Authorized English Translation, edited and annotated by Frederick Engels, 1888, Londres, William Reeves, 185 Fleet St., E. C. He incorporado a la presente alguna de las notas de esta edición.

El Manifiesto ha tenido una vida propia.

En el momento de su aparición fue saludado con entusiasmo por la vanguardia, poco numerosa aún por entonces, del socialismo científico (como lo prueban las traducciones citadas en el primer prólogo), pero pronto quedó relegado a un plano secundario en virtud de la reacción que se inició con la derrota de los obreros de París en junio de 1848, para ser finalmente proscrito «de derecho» a consecuencia de la condena de los comunistas de Colonia, en noviembre de 1852. Con la desaparición de la escena pública del movimiento obrero, que databa de la revolución de febrero, el *Manifiesto* quedó relegado también a un plano secundario.

Cuando la clase obrera europea hubo reunido otra vez fuerzas suficientes como para un nuevo ataque a la clase dominante, nació la Asociación Internacional de Trabajadores. Tenía la finalidad de fundir en un solo cuerpo de ejército a todo el proletariado combatiente de Europa y América. De ahí

que no pudiera partir de los principios sentados en el *Manifiesto*. Tenía que tener un programa que no cerrara las puertas a las trade unions inglesas, a los proudhonistas franceses, belgas, italianos y españoles, así como a los lassalleanos alemanes. Este programa —los considerandos de los estatutos de la Internacional— fue redactado por Marx con una maestría reconocida por el propio Bakunin y los anarquistas. En cuanto a la victoria definitiva de los principios formulados en el *Manifiesto*, Marx confió única y exclusivamente en la evolución intelectual de la clase obrera, tal como debía surgir necesariamente de la acción unificada y de la discusión. Los acontecimientos y vicisitudes en la lucha contra el capital, las derrotas aún más que las victorias, no podían menos de llevar a los hombres a tomar conciencia de la insuficiencia de sus diversas panaceas predilectas y de allanarles el camino para una plena comprensión de las premisas efectivas de la emancipación de la clase obrera. Y Marx tenía razón. Cuando en 1874 se desintegró la Internacional, dejó ya a los obreros en una situación totalmente diferente a aquélla en la que les encontró en el momento de su fundación, en 1864. El proudhonismo en los países latinos y el lassalleanismo específico en Alemania estaban agonizando, e incluso las ultraconservadoras trade unions inglesas de entonces se acercaban poco a poco al punto en que el presidente de su congreso pudo decir, en 1887, en Swansea, en su nombre: «El socialismo continental no nos causa ya ningún temor». Pero en 1887 el socialismo continental no era ya prácticamente otra cosa que la teoría que se proclama en el *Manifiesto*. Y así, la historia del *Manifiesto* refleja, en buena medida, la historia del movimiento obrero moderno desde 1848. Hoy es, sin lugar a dudas, la obra más ampliamente difundida y más internacional de toda la literatura socialista, un programa conjunto que es reconocido por millones de obreros, de Siberia a California. Y, sin embargo, cuando apareció no hubiéramos podido llamarlo un manifiesto socialista. En 1847 se entendía como socialistas a dos tipos de gentes. Por una parte, a los partidarios de los más

diversos sistemas utópicos, especialmente los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que ya entonces se habían visto reducidos, unos y otros, a la condición de meras sectas en paulatina extinción. Por otra, a los más variados charlatanes sociales, que con sus diferentes panaceas y toda clase de charlatanerías pretendían eliminar las lacras sociales sin dañar en lo más mínimo capital y beneficio. En ambos casos gentes situadas fuera del movimiento obrero y que buscaban más bien apoyo entre las clases «ilustradas». La parte de la clase obrera, por el contrario, que había llegado al convencimiento de la insuficiencia de transformaciones meramente políticas y postulaba la necesidad de una transformación total de la sociedad se llamaba entonces comunista. Se trataba de un comunismo toscamente trabajado, meramente instintivo, a veces algo rudimentario; pero era lo suficientemente fuerte como para generar dos sistemas del comunismo utópico, el «icárico» de Cabet en Francia y el de Weitling en Alemania. Socialismo significaba en 1847 un movimiento burgués, comunismo un movimiento obrero. El socialismo era, por lo menos en el continente, «respetable»; el comunismo era exactamente lo contrario. Y puesto que ya entonces éramos decididamente de la opinión de que «la emancipación de los obreros tenía que ser obra de la propia clase obrera», no pudimos dudar un solo momento sobre cuál de ambos nombres debíamos escoger. Desde entonces jamás se nos ha ocurrido tampoco desdecirnos siquiera de él.

«¡Proletarios de todos los países, uníos!». Cuando lanzamos estas palabras al mundo, hace ya cuarenta y dos años, en vísperas de la primera revolución parisina en la que el proletariado irrumpió con pretensiones propias, sólo unas pocas voces respondieron. Pero el 28 de septiembre de 1864 se unieron proletarios de la mayor parte de los países europeos occidentales en la Asociación Internacional de Trabajadores, de gloriosa memoria. Cierto es que la propia Internacional sólo vivió nueve años. Pero la unión eterna de los proletarios de todos los países fundada por ella aún vive, y con mayor fuerza

que nunca, y no hay mejor testigo para corroborarlo que precisamente el día de hoy. Pues actualmente, mientras escribo estas líneas, el proletariado europeo y americano pasa revista a sus fuerzas movilizadas por vez primera, movilizadas como un ejército, bajo una bandera y por un objetivo inmediato: la jornada laboral normal de ocho horas, proclamada ya por el Congreso de la Internacional de Ginebra de 1866 y, nuevamente, por el Congreso de Trabajadores de París de 1889, y que debe ser legalmente determinada. Y el espectáculo del día de hoy abrirá a los capitalistas y terratenientes de todos los países los ojos sobre el hecho de que actualmente los proletarios de todos los países están efectivamente unidos.

¡Ojalá estuviera Marx todavía a mi lado para ver esto con sus propios ojos!

Londres, 1 de mayo de 1890

FRIEDRICH ENGELS

PRÓLOGO A LA EDICIÓN POLACA DE 1892

El hecho de que se haya vuelto necesaria una nueva edición polaca del *Manifiesto Comunista* da pie a diversas consideraciones.

Es digno, ante todo, de ser subrayado el que el *Manifiesto* se haya convertido últimamente, en cierto modo, en un patrón de medida para el desarrollo de la gran industria en el continente europeo. En la misma medida en que en un país se expande la gran industria, crece entre los obreros de dicho país el afán de clarificarse sobre su propia posición como clase obrera frente a las clases poseedoras, se difunde entre ellos el movimiento socialista y aumenta la demanda del *Manifiesto*. Así pues, no sólo el estado del movimiento obrero, sino también el grado de desarrollo de la gran industria en cada país puede ser determinado con bastante exactitud a la luz del número de ejemplares del *Manifiesto* difundidos en la lengua del país.

La nueva edición polaca resulta, en consecuencia, indicativa de un decidido progreso de la industria polaca. Sobre el hecho de que este progreso ha ocurrido realmente desde la última edición, aparecida hace diez años, no puede caber duda alguna. La Polonia rusa, la Polonia del Congreso, se ha convertido en el gran distrito industrial del Imperio Ruso. Mientras que la gran industria rusa se halla esporádicamente dispersa —una parte en el Golfo de Finlandia, otra en el centro (Moscú y Vladimir), una tercera en los mares Negro y de Azov y otras dispersas en otros lugares —, la gran industria polaca se halla comprimida en un espacio

relativamente pequeño y goza de las ventajas y desventajas nacidas de esta concentración. Los fabricantes rusos competidores reconocieron dichas ventajas al exigir aranceles protectores contra Polonia, a pesar de su ferviente deseo de convertir a los polacos en rusos. Las desventajas —para los fabricantes polacos y para el gobierno ruso— se muestran en la rápida difusión de las ideas socialistas entre los obreros polacos y en la demanda en aumento del *Manifiesto*.

Pero el rápido desarrollo de la industria polaca, muy superior al de la industria rusa, constituye a su vez una nueva prueba de la inagotable energía vital del pueblo polaco y una nueva garantía de su futuro renacimiento nacional. El resurgimiento de una Polonia independiente y fuerte es, con todo, una cuestión que importa no sólo a los polacos, sino a todos nosotros. Una colaboración internacional sincera de las naciones europeas sólo será posible cuando cada una de ellas sea completamente autónoma dentro de su propia casa. La revolución de 1848, que en definitiva no llevó a los combatientes proletarios que luchaban bajo la bandera del proletariado sino a hacer el trabajo de la burguesía, ha impuesto, por obra de sus albaceas testamentarios Luis Bonaparte y Bismarck, la independencia de Italia, de Alemania y de Hungría; en cambio Polonia, que desde 1792 había hecho por la revolución más que esos tres países juntos, fue abandonada a su propia suerte en 1863, cuando sucumbía bajo el empuje de fuerzas rusas diez veces superiores. La nobleza no fue capaz de defender ni de reconquistar la independencia de Polonia; a la burguesía hoy por hoy le resulta, cuando menos, indiferente. Y, sin embargo, para la colaboración armónica de las naciones europeas es una necesidad. Sólo podrá ser reconquistada por el joven proletariado polaco, en cuyas manos está al resguardo. Porque para los obreros del resto de Europa la independencia de Polonia es tan necesaria como para los propios obreros polacos.

Londres, 10 de febrero de 1892

FRIEDRICH ENGELS

AL LECTOR ITALIANO

Bien podría decirse que la publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* coincidió exactamente con el 18 de marzo de 1848, con las revoluciones de Milán y de Berlín, en que se alzaron dos naciones que en el centro la una del continente europeo y la otra del Mediterráneo se habían visto debilitadas por la fragmentación territorial y las discordias internas y habían, en consecuencia, caído bajo la dominación extranjera. Mientras que Italia se hallaba sometida al emperador de Austria, Alemania tenía que soportar, aunque de forma no tan directa, el no menos pesado yugo del zar de todas las Rusias. Entre las consecuencias del 18 de marzo de 1848 estuvo la liberación de Italia y Alemania de esta ignominia; si entre 1848 y 1871 ambas grandes naciones consiguieron recomponerse y verse, en cierto modo, devueltas a sí mismas, ello fue debido, al decir de Karl Marx, al hecho de que las mismas gentes que reprimieron la Revolución de 1848 se convirtieron, a pesar suyo, en sus albaceas testamentarios.

La revolución fue entonces por doquier obra de la clase obrera; fue la clase obrera la que levantó las barricadas y expuso su vida. Sólo los obreros de París tenían, al derrocar el gobierno, la intención expresa de derrocar el régimen burgués. Pero por conscientes que fueran del inevitable antagonismo existente entre su propia clase y la burguesía, ni el progreso económico del país ni el desarrollo intelectual de las masas obreras francesas habían alcanzado aún el grado que habría sido preciso para hacer posible una transformación de la sociedad. Los frutos de la revolución fueron, en consecuencia, cosechados por la clase de los capitalistas. En los otros países, en Italia, en Alemania, en Austria, en Hungría, los obreros no

hicieron, desde el primer momento, más que ayudar a la burguesía a conquistar el poder. Pero en ningún país es posible la dominación de la burguesía sin la independencia nacional. Por eso, la revolución de 1848 debía conducir a la unidad y a la independencia de las naciones que hasta entonces no las habían conquistado: Italia, Alemania, Hungría; Polonia les seguirá a su debido tiempo.

Así pues, si bien la Revolución de 1848 no fue una revolución socialista, le allanó el camino y le preparó el terreno. Con el desarrollo de la gran industria en todos los países, el régimen burgués ha creado en el curso de los últimos cuarenta y cinco años un proletariado numeroso, fuerte y unido, y ha producido así, por emplear una expresión del *Manifiesto*, sus propios sepultureros. Sin la restitución de la independencia y la unidad de cada nación no hubiera sido posible realizar la unificación internacional del proletariado ni la cooperación pacífica e inteligente de esas naciones para el logro de objetivos comunes. ¿Hubiera sido acaso posible concebir la acción común internacional de los obreros italianos, húngaros, alemanes, polacos y rusos en las condiciones políticas existentes hasta 1848?

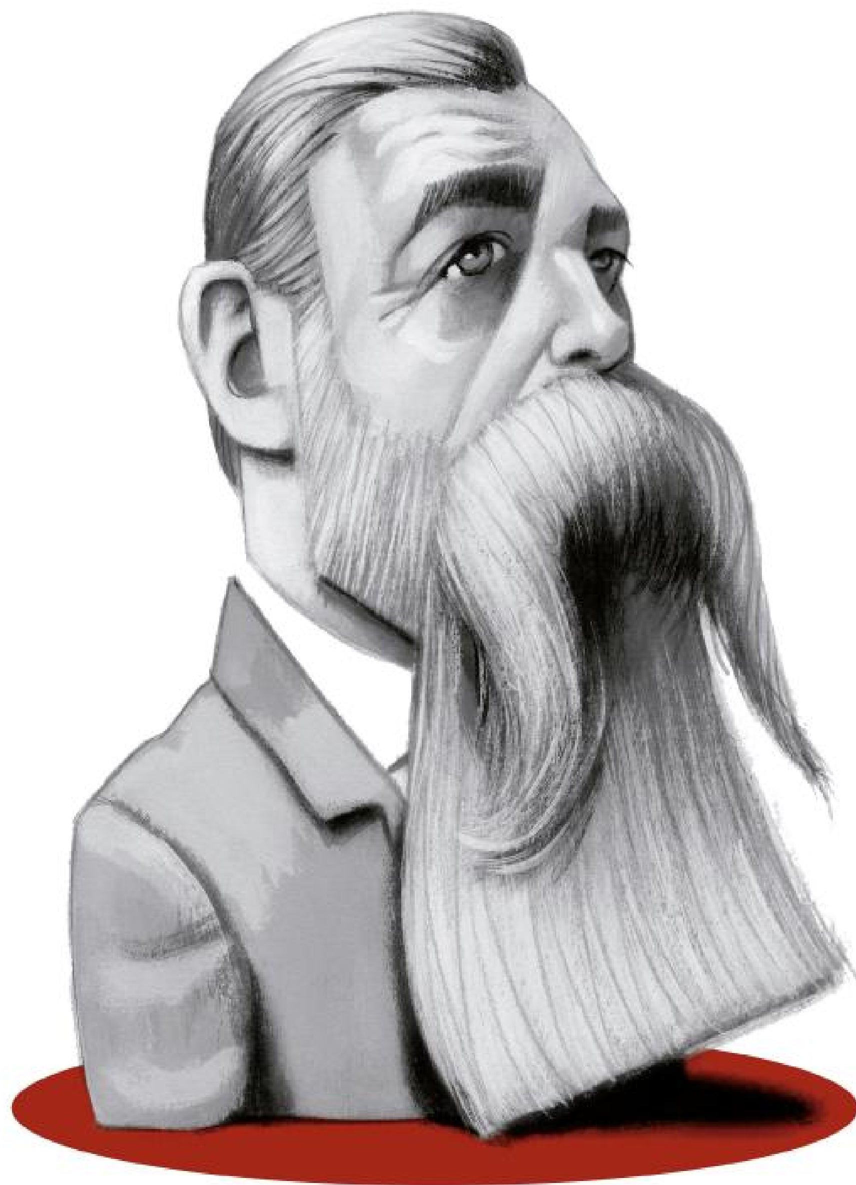
Las luchas de 1848 no han sido, pues, en vano; tampoco han pasado en vano los cuarenta y cinco años que nos separan de esa época revolucionaria. Los frutos comienzan a madurar y todo cuanto deseo es que la publicación de esta traducción italiana sea un buen augurio para la victoria del proletariado italiano, como la publicación del original lo fue para la revolución internacional.

El *Manifiesto* rinde plena justicia al papel revolucionario jugado por el capitalismo en el pasado. La primera nación capitalista fue Italia. El fin de la Edad Media feudal y la aurora de la era capitalista contemporánea vienen marcados por una figura grandiosa, por el italiano Dante, que es a la vez el último poeta medieval y el primer poeta de los tiempos modernos. Hoy, como en torno al 1300, comienza a despuntar

una nueva era histórica. ¿Nos dará Italia el nuevo Dante que anuncie la hora del nacimiento de la era proletaria?

Londres, 1 de febrero de 1893

FRIEDRICH ENGELS





KARL MARX (Tréveris, 1818 - Londres 1883). Pensador socialista y activista revolucionario de origen alemán. Procedía de una familia judía de clase media. Estudió en las universidades de Bonn, Berlín y Jena, doctorándose en Filosofía por esta última en 1841. Junto a Friedrich Engels, es el padre del socialismo científico, del comunismo moderno y del marxismo.

FRIEDRICH ENGELS (Barmen-Elberfeld, 1820 - Londres 1895). Nació en una familia burguesa, acomodada, y judía. Enviado a Inglaterra al frente de los negocios familiares, conoció las míseras condiciones de vida de los trabajadores de la primera potencia industrial del mundo. En 1844 se adhirió definitivamente al socialismo y entabló una duradera amistad con Marx.

Notas

[1] El original alemán perdido por Engels del prólogo escrito por Marx y por él mismo para la edición rusa de 1882 fue encontrado y depositado en el Archivo del Instituto de Marxismo-Leninismo de Moscú. El texto de este original se reproduce en las páginas 83, 84 y 85 de este volumen, por lo que renunciamos a reproducir aquí la traducción. (N. del T.) <<